

Francisco J. Banegas

La Televisión

que ya viví
y otras historias
paralelas



**LA TELEVISIÓN QUE YO VIVÍ
Y OTRAS HISTORIAS PARALELAS**

Francisco J. Banegas

LA TELEVISIÓN QUE YO VIVÍ
Y OTRAS HISTORIAS PARALELAS



Las fotografías incluidas en la presente publicación pertenecen a los archivos de Televisión Española; realizadas por la producción de los programas y distribuidas por el departamento de prensa de TVE para la promoción de los mismos. Estudios fotográficos de Peñalara, Venegas y Cabrera. Parque de Atracciones, de Madrid. Organización Mikis Theodorakis las relativas a “Canto General”. Lippmann & Rau las del Festival Flamenco Gitano. Fotógrafos Valmorisco y Lupe. Y, todas, procedentes del archivo personal del autor.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2015 La televisión que yo viví y otras historias paralelas.

Primera Edición

© Francisco J. Banegas

© 2015 Editorial: Liber Factory

C./ San Ildefonso nº 17 28012 Madrid. España

Web: www.visionlibros.com Tel: 0034 91 3117696

ISBN: 978-84-9949-702-0

Descargado de: www.visionlibros.com

Diseño: Andrés Sánchez

Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.

Disponible en préstamo, en formato electrónico, en www.bibliotecavisionnet.com

Disponible en papel y ebook

www.vnetlibrerias.com

www.terrabooks.com

Pedidos a:

pedidos@visionnet.es

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de nuestro grupo editor envíe un correo electrónico a:

subscripcion@visionnet.es

Dedicatoria

A mis nietos: Alejandro, Antonio, Gonzalo

Ellos saben los sentimientos que despiertan en mí

Otros miran ante sí, yo miro a mi interior. Deseo que la gente me vea tal cual soy, sin estudio ni artificio, pues es a mí mismo a quien retrato. Mis faltas se leerán aquí sin omisión ni paliativo, tan reales como la vida.

Michel de Montaigne

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	17
 I LA CRUELDAD DE LA GUERRA Y LA POSGUERRA	23
Recuerdos de mi infancia	23
Mi madre me dio la luz que no tenía	30
Mi pueblo, mi familia, la posguerra	34
Intentando recuperar la normalidad	39
Sin mirar atrás	42
La escuela primaria y las juventudes falangistas	47
Otros aspectos de la vida en aquellos años	50
La familia unida favorece la esperanza	54
Alrededor del fuego de la chimenea	58
Nuevo método, nuevas experiencias	63
 II EL MUNDO MÁGICO DEL TEATRO	
EN LOS AÑOS SESENTA	67
Flash Back	67
Mi experiencia como director de Teatro de Cámara	72
1960. Variada y abundante oferta de teatro	77
Paula Martel y Agustín Gómez Arcos	85
Festival de Teatro Nuevo 1960. Fernando Martín Iniesta	92
Premio Tirso de Molina 1961. Fernando Martín Iniesta	96
La Asociación de la Rábida. Ateneo de Madrid	103
Mi primera experiencia en televisión	110
Nueva actividad teatral en el Ateneo de Madrid	113
Premio de teatro “Asociación de la Rábida”: Ateneo	120
 III EL IMPREDECIBLE DESTINO	133
Cuando la vida cambia de la noche a la mañana	133
Siga la dirección de la flecha	139
Amberes y la bolsa mundial del diamante	144
Mi experiencia cordobesa	146
Una nueva experiencia teatral	149
Réquiem por algunos críticos	152
El genial Aurelio Teno	158

IV LOS CALIFAS, LA SINGLA	
Y EL FESTIVAL FLAMENCO	161
“Los Califas”: club flamenco	161
Antoñita, “La Singla”	172
Festival Flamenco Gitano	185
Otras circunstancias paralelas	189
Festival Flamenco Gitano, 1968	194
Televisión Española “Nosotros” y “Flash”	201
El Festival flamenco se supera a sí mismo	205
 V CUANDO EL DESTINO ESCRIBE EL GUIÓN	 223
Sin tiempo de reflexión	223
La Escuela Oficial de RTV comienza su andadura	227
La Singla dice adiós	233
Gema	236
Un calvario innecesario. La valiosa colaboración	
de Santiago Riopérez y Milá	237
Una formación práctica en TVE	246
Finaliza la primera promoción de E. O. de RTV	248
 VI MIENTRAS TANTO	 251
La dictadura se apaga	251
Mis colaboraciones en “ <i>El Alcázar</i> ”	254
Un derroche de imaginación	257
Una especie de cronista oficial	263
El jefe siempre tiene razón	267
Decadencia y resurrección de “ <i>El Alcázar</i> ”	270
Mi regreso a “ <i>El Alzacar</i> ”	272
“ <i>El Alcázar</i> ” y el Parque de Atracciones apuestan	
por la música <i>pop</i>	276
 VII MI INCORPORACIÓN A TELEVISIÓN ESPAÑOLA	 281
Servicios Informativos	281
La televisión que yo viví	307
Lo que pudo ser una gran oportunidad	316
Recuerdo nostálgico del Madrid de otros tiempos	322

VIII OTRAS ACTIVIDADES, OTROS AMIGOS, OTROS CONCEPTOS	327
Ángel Sanchis Perales:	327
Las verdades no se destruyen, se cambian	337
De tesorero a político: rectificar es de sabios	343
IX SIMULTÁNEAMENTE EN TELEVISIÓN ESPAÑOLA	355
La música va ocupando espacio en la programación	355
Música <i>Soul</i> : origen, influencia y evolución	357
El <i>Jazz</i> : repaso a un género universal	359
Música <i>Progresiva</i> : fusión, talento e instrumentos	362
X A PROPÓSITO DE LA PROGRAMACIÓN DE TVE EN AQUELLOS AÑOS	367
Una oferta de gran atractivo	367
Especialmente “ <i>Un, dos, tres...</i> ”: Narciso Ibáñez Serrador	371
XI PREPARANDO LA SUCESIÓN	375
TVE y la estrategia informativa	375
XII DESTINO Y AZAR	383
Mi <i>película</i> con Victorino Fernández Asís	383
XIII AMIGOS Y COINCIDENCIAS	395
Daniel Loscertales Fuertes	395
Carlos Granados y mi oportunidad como realizador	399
XIV MUERTE DE FRANCO	411
El futuro político de España	411
XV UN AVANCE ESPECTACULAR	419
TVE y su mundo de ficción	419
Por fin, televisión en color: España se decide por el Pal	422

XVI RAFAEL ANSÓN LLEVA LA TRANSICIÓN	
A TELEVISIÓN ESPAÑOLA	427
Una campaña bien orquestada	427
XVII MI AVENTURA TEATRAL CON ALBERTO	
GONZÁLEZ VERGEL	443
Proyecto de “teatro circular”	443
Teatro Jacinto Benavente y Buero Vallejo	447
Algunas reflexiones sobre Buero y su drama	
“ <i>La doble historia del Doctor Valmy</i> ”	453
Noche de estreno, noche triunfal	454
1976-1977: una buena temporada teatral	466
Un relevo poco afortunado	467
XVIII LA ESTRUCTURA DE TELEVISIÓN	
ESPAÑOLA SE RESIENTE	477
Fernando Arias Salgado	477
La otra realidad de Televisión Española	480
Se inicia el proceso de reclasificación	486
Los cambios producen una renovación total en TVE	490
Todo transcurre a más velocidad de lo recomendable	498
La Magistratura resuelve mi reclasificación	501
XIX MI NUEVA ETAPA COMO	
REALIZADOR DE TVE	507
“ <i>Más vale prevenir</i> ”: Ramón Sánchez Ocaña	507
XX LA DEMOCRACIA AL SERVICIO	
DE UNA DICTADURA	523
RTVE: cualquier tiempo pasado	523
Con ellos llegó el escándalo	525
Cuando no hay criterio la incongruencia dirige	531
La instrumentación del arte al servicio de la política	535
Ni amigos ni enemigos sino todo lo contrario	541
Mikis Theodorakis, Pablo Neruda, y yo	542
“ <i>La ventana electrónica</i> ” selecciona “ <i>Canto General</i> ”	559

XXI DOS PROYECTOS DE PRIVILEGIO	571
Juan Pablo II: Primera visita apostólica	
de un Papa a nuestro país	571
Recuerdo de una visita inolvidable: Juan Pablo II	
en España.	573
Programa “ <i>Costa Cálida</i> ”: Una aventura	
inédita y apasionante	581
 XXII TVE SE DESPRENDE DE SU PATRIMONIO	
MÁS VALIOSO	635
Sin criterio profesional	635
Efectivamente, ni “la madre que la parió” reconocería a TVE	652
 XXIII SGAE: SOCIEDAD GENERAL	
DE AUTORES DE “ <i>ESPAÑA</i> ”	657
A imagen y semejanza	657
No era el Mediterráneo, pero sí un inmenso despropósito.	661
No era cuestión de dinero, era un problema votos	673
 BIBLIOGRAFÍA	705
AGRADECIMIENTOS	709
ÍNDICE ONOMÁSTICO	711

INTRODUCCIÓN

Este *AUTORRETRATO* es algo muy parecido a un experimento. Un poco *libro*, algo de *memorias*, y un mucho de *autobiografía*. Mi gran defecto ha sido dispersarme tanto que no me he dado la oportunidad de encontrarme en nada; posiblemente porque siempre fui a destiempo, con el pie cambiado o forzado por las circunstancias, la verdad es que no lo sé, pero siempre dentro de un enigma casi perturbador reflejo de una dedicación alternante a distintos menesteres. Mi juventud, vehemencia, inquietud, ignorancia, ambición, arrojo, autosuficiencia, atrevimiento, -o un poco de todo-, quedan de manifiesto ante la variedad de retos afrontados, con valentía, con autoridad y, la mayoría de las veces, con reconocimiento. Los frenazos en seco que han interrumpido algunos de ellos han sido, casi siempre, por motivos de salud, por enfermedad repentina grave y en situación límite -soy carne de quirófano-, por procesos clínicos que han pulverizado el momento e hipotecado el futuro, una especie de Guadiana que desaparecía con un proyecto y aparecía -transcurrido el tiempo- con otro.

Siempre he sido muy aficionado a guardar documentación de todas cuantas actividades he realizado, a tomar notas y dejar breves testimonios de los acontecimientos o circunstancias en los que de alguna manera intervine o me tocan de cerca, y produce un poco de mareo introducirse en este farragoso archivo, tan variopinto, tan desordenado, tan aparentemente circunstancial, basado, principalmente, en documentos, fotografías, reseñas, cartas y escritos relacionados con alguna actividad ejercida o circunstancia del momento, cosas que fui reuniendo que no son más que pedazos del pretérito, jirones de mi propia vida, la de un hombre nada convencional cuya trayectoria ha sido un cúmulo de coincidencias.

La lectura de estos escritos, algunos con casi cincuenta años de diferencia, me producen tanta sorpresa como le hubiera producido a otra persona ajena. Son míos, pero no me reconozco en ellos, es más, la persona que

dejan traslucir no me gusta. Bien es verdad que todos tenemos personalidades distintas, dependiendo del ángulo de visión. La imagen que ofrecemos de nosotros mismos no suele coincidir con la que de nosotros perciben los demás y, mucho menos, con la que somos en realidad, eso es indudable y, por supuesto, común. Pero en este caso la diferencia es tan abismal que desvirtúa el destino de este *AUTORRETRATO*. La idea de recopilar la abundante documentación –personal y profesional– de que dispongo, al que se han incorporado vivencias y recuerdos varios, incidentes graves, desafortunadas decisiones y amistades peligrosas –con algunas agradables excepciones–, surgió del deseo de que a mis nietos llegara la suficiente información para que, en su día, pudieran saber quién era su abuelo y las cosas que había hecho. Ahora resulta que esta discrepancia tan abismal, entre lo que yo creía y lo que está resultando, ha despertado un especial interés personal por llegar a tener suficiente información e intentar conocerme a mí mismo. Los escritos de archivo que reproduzco son exactos, situados en este trabajo por orden cronológico, teniendo en cuenta la edad y circunstancias en que se escribieron. Y los escritos, comentarios, notas, aclaraciones de ahora que intentan completar, dar forma y facilitar la lectura de este trabajo, son absolutamente fieles a mi memoria y están cotejados, escrupulosamente, con la documentación a que se refiere que garantiza la autenticidad de los hechos relatados intentando corregir, en lo posible, la distorsión que pudo producirse entre lo que ocurrió en realidad y el deseo de lo que pudiera haber ocurrido.

Es curioso, insisto, y a mí mismo me sorprende, la diversidad de profesiones a cuyo reto me tuve que enfrentar arrastrado por las exigencias del momento. Actividades de alta especialización empujado por las circunstancias que me tocaron vivir: publicidad, relaciones públicas, teatro, periodismo... y, sobre todo, televisión, a la que he dedicado la mayor parte de mi vida; con vinculaciones más o menos directas desde su nacimiento y desarrollo, siendo testigo de excepción en los años en que todavía era una incógnita su evolución y perfeccionamiento. Desde cuando solo se intuía el interés que despertaría sobre la población, su aportación a la cultura y esparcimiento, su influencia mediática.

Como integrante de la plantilla de Televisión Española durante veinticinco años, ocupado en tareas de responsabilidad en sus tres categorías más representativas, primero como *Redactor* y titular de secciones especializadas en los Servicios Informativos, *Programador*, jefe de varios departamentos de supervisión, y *Realizador* en los años posteriores hasta mi jubilación, he tenido ocasión de sufrir la tormentosa realidad que ejerce la influencia de

partido, las ansias de dominio que todo lo corrompe y las ambiciones que se planean en los cenáculos del poder.

A través de un recorrido profesional tan variopinto, he pretendido buscar puntos de coincidencia a través del rumbo que me he visto obligado a seguir en cada momento; eso me ha conducido a reflexiones varias y profundas, intentando justificar la fuerza que ejerce el poder en cadena, por minúsculo que sea el eslabón de que se trate, y las consecuencias que se derivan.

Con frecuencia, el reconocimiento humano es la congregación de los más miserables instintos. En el desarrollo de un proyecto colectivo, intelectualmente no se puede coartar la libertad del hombre porque ese reconocimiento permanece íntimamente ligado a la persona. Políticamente sí, incluso es necesario, de hecho se aplica y se seguirá aplicando.

Hay una realidad interior que contrasta con el mundo que se presenta ante el individuo, esa realidad a la que el hombre se enfrenta y de la que prende siempre una aterradora amenaza que se perfila en el artificio de unos intereses soterrados bajo la oscura conciencia. La consecuencia es: tendrá que elegir entre conservar la dignidad o el puesto, y esta realidad se impone, es impuesta con frecuencia por eslabones de medio pelo y mediocre categoría personal, intelectual y profesional -que hacen el trabajo sucio-, de los que desgraciadamente se nutre la cadena de mando.

No he querido limitarme, en la exposición, a contar escuetamente el hecho o la circunstancia que lo motiva, sino que he procurado, dentro de las limitaciones de tiempo y espacio, dar una visión general con la pretensión de situar al amable lector en el momento histórico en el que se produjeron los hechos, y adentrarse en las variadas peripecias de una vida a través de sus componentes autobiográficos

La historia —en su aspecto más amplio del libro en general— está contada desde una perspectiva muy personal, más como testigo que como protagonista, con una actitud razonadora, más bien escéptica, distante en el tiempo, respetando el verdadero protagonismo de los personajes a los que se explora por lo que ellos fueron, por sus testimonios y aspectos parciales de otros personajes a ellos vinculados. Aunque a veces las fronteras no estén bien delimitadas y dé la impresión de parcialidad, no ha sido mi intención aunque ahora no se haya conseguido. Los juicios sobre personas se han intentado desde la moderación y el equilibrio que soporta su comportamiento; no obstante, pido perdón a quienes los consideren inadecuados e inoportunos.

Hago hincapié en que esta obra se ha ido construyendo de forma lenta, callada y exigente, sorprendido siempre por las proporciones de su desarrollo. En nuestra memoria está el poso de estas experiencias vividas en el recuerdo de una identidad alejada en el tiempo, a veces confusa y deshilachada, pero real, en la que su verdad se impone avalada por una exhaustiva consulta documental que el instinto contempla y analiza; en una mezcla de pensamiento y sentimiento cuyo esfuerzo sobrepasa los límites de la incertidumbre y el desaliento para adentrarse en el mundo real que la origina. En definitiva, una historia muy auténtica, de pulsiones, realizada con minuciosidad, dejando a los instintos, procurando que las situaciones surjan sin extremos para no tener que arrepentirme de nada.

Es la cercanía entre el pasado y el presente —de haberse conseguido— la que invita a reflexionar sobre cuantas incógnitas se plantean en esta historia, suponiendo que tenga algún atractivo para quienes pudieran estar interesados por estas materias.

Por aquello de que los últimos serán los primeros, he dejado para el final de esta introducción la referencia a unos capítulos destinados a mi pueblo, a mi infancia, con algunas vivencias, curiosidades y recuerdos relacionados con la forma de vida y costumbres en los años de la posguerra, que son los primeros que encontrará el lector, que para mí tienen un significado especial.

La mayoría de las cosas que cuento de mis padres, o de mi familia, en estos primeros epígrafes en los que se da la circunstancia de que yo ni siquiera había nacido o estaba en mi más tierna infancia, están sacados del recuerdo, de conversaciones pasadas. Más tarde mis hermanos, a petición mía, intentaban reproducir y dar forma a estas mismas situaciones, vividas o sacadas también de otras conversaciones que habían madurado en el recuerdo, contagiados por el interés que yo mostraba por completar los detalles que me faltaban.

El haber tenido la oportunidad de compartir mi vida, muy de cerca, con personas tan queridas —algunas de ellas solo en parte, desgraciadamente—, me ha permitido conjugar con mayor precisión los detalles de estas historias a las que me refiero; cotejadas, a su vez, con testimonios de otros familiares que habían sido testigos, más o menos directos o cercanos.

No sé la deformación que habrá podido producir en ellos el paso del tiempo, los escribo en primera persona, como si realmente los hubiera vivido, porque me siento implicado tan directamente en el relato —con sensaciones tan reales— que no sabría distinguir entre lo que me han contado y lo que he tenido la oportunidad de vivir.

A veces tengo la sensación de haberme dejado llevar por sentimientos demasiado partidistas o faltos de objetividad, pero inmediatamente se agolpan, a veces tan precipitadamente que no me da tiempo a transcribirlos, situaciones y hechos tan desgraciados y frecuentes que resulta incomprensible en una misma familia. Es como si una especie de maldición se hubiera cebado con ella. Pero el mérito no solo consiste en haber sobrevivido, sino en el hecho de haber superado estos avatares con un estado de ánimo incombustible, sin perder la fe en el futuro, con espíritu de superación, contagiando —contra viento y marea— la fe y la esperanza en un mañana no muy lejano que no podía fallar, y no falló.

Qué suerte haber nacido en el seno de esta familia tan auténtica; ya me gustaría a mí haber sabido transmitir a mis hijas estos mismos valores, y ellas a su vez a los suyos —a mis nietos—, para que siempre tengan presente, para que no lo olviden jamás, que la fuerza de la sangre es uno de los pocos valores que difícilmente fallan en la vida, si antes se les ha inyectado un poco de generosidad.

1

LA CRUELDAD DE LA GUERRA; LA POSGUERRA

RECUERDOS DE MI INFANCIA

3 de diciembre de 1934. Tiempos de oscuros presagios. Nací en el seno de una familia de clase media, en un pequeño pueblo de la provincia de Murcia, Ojós, que vivía, y vive especialmente de la agricultura. Mis abuelos, por ambas partes, regentaron tiendas de ultramarinos, además de unas fincas en las que cultivaron naranjas y limones, típicos de estas tierras, cuya tradición seguiría mi padre. Mis abuelos fallecieron pronto, siendo mis padres todavía muy jóvenes, cargando de una responsabilidad añadida a mi padre sobre sus hermanas, Milagros y Antonia. Desgraciadamente, no llegué a conocer nada más que a mi abuela materna, se llamaba Gregoria y solo en sus últimos años, cuando todavía era muy pequeño; ahora que tengo nietos sé lo que nos perdimos, ellos y yo.

Mi madre se llamaba Encarnación, era la tercera de ocho, cinco hermanas y dos hermanos. Y yo el cuarto de sus hijos, antes habían nacido mis hermanos Antonio, Encarnación, y María Luisa, desgraciadamente fallecida con solo dos años, creando un clima de frustración de la que mis padres nunca se recuperarían.

Mi padre se llamaba Antonio, hombre de profundas convicciones morales; preocupado por la ética, interesado por los problemas sociales, muy generoso. Convencido de que el honor y la dignidad son los valores más preciados de la persona, educaba más con el ejemplo que con el castigo o la reprimenda. Defendía sus ideales hasta el sufrimiento y era muy emotivo ante los símbolos que los representan, contagiado por un patriotismo -incrustado

en lo más recóndito de su alma- que formaba parte de sus sentimientos y creencias. Y todo esto tenía un porqué: no había luchado en el frente durante la guerra civil española (1936-1939), pero sí sufrido en primera persona junto a todos nosotros los bombardeos, los refugios, los atropellos, los saqueos, los *paseos* sin retorno, y los comportamientos más perversos provocados por el odio y la venganza.

Vivíamos en Aranjuez -un importante municipio con referencias históricas y culturales, situado a orillas del Río Tajo, cercano a Madrid-, donde mi padre trabajaba en negocios familiares; mis padres, mi hermano Antonio, mi hermana Encarnación, la tata Isabel -una criada de las de antes a la que queríamos como un miembro más de nuestra familia-, y yo que entonces tendría dos años. Mi hermano Pepe no había nacido todavía.

Había estallado la guerra civil. Esta ciudad, muy castigada por los efectos de la contienda, se convirtió en escenario trágico donde se producían episodios sangrientos, y en sus alrededores -en *“la cuesta de la Reina”*- se desarrollaban luchas violentas.

Cuando el sonido de las sirenas anunciaba la inminencia del bombardeo y el silbido de los obuses sembraba el pánico, todo el mundo corría despavorido a refugiarse en sótanos y en otros lugares de refugio. Mi hermano Antonio conmigo en un brazo, y en el otro una imagen de San Antonio -envuelta en un trozo de tela de saco-, junto al resto de la familia, nos uníamos a la alborotada procesión de gente que corría presa de pánico en busca de refugio.

Yo gritaba -me contaba más tarde mi hermana Encarnación-, *“pon tatos, pon tatines”*, pidiendo en mi infantil ingenuidad que me pusieran los calcetines y los zapatos antes de salir corriendo; lo que pone de manifiesto el origen de mi coquetería innata.

Esta es la nota de humor de una trágica situación que pone los pelos de punta si se cuentan los detalles. Años antes, una enfermedad repentina de mi hermana María Luisa -dos años tenía la niña-, rompió la tranquilidad del hogar. Fiebres muy altas, fuertes dolores de cabeza y espasmos intermitentes provocaron su muerte, cuyo diagnóstico no dejó suficientemente aclarado la medicina de entonces. Mi madre no pudo soportar tanto dolor; un desmayo con pérdida de conocimiento provocó una caída y, como consecuencia, un fuerte golpe en la cabeza le produjo una ceguera repentina -en principio reversible-; tras varias operaciones infructuosas quedó sumida en la oscuridad más profunda.

Cuando el miedo se convertía en pánico, los nervios agarrotaban las articulaciones, y el estruendo de las bombas se hacía insoportable, la situación aparecía cada vez más esperpéntica. Mi madre corriendo del brazo de mi padre, casi abrazada a él, la dificultad de su ceguera acentuaba su torpeza; las piernas se le doblaban y tropezaba constantemente a pesar de ser una mujer joven, fuerte y ágil. Isabel con mi hermana casi en volandas, y mi hermano intentando ayudar en lo posible a pesar de tener las dos manos ocupadas conmigo y con el santo. Era un muchacho decidido y valiente que hubiera dado su vida por salvar la nuestra, y aquel pedazo de madera que representaba a San Antonio, imagen muy querida por mi madre y por todos nosotros que todavía hoy conservamos, se encuentra presidiendo una especie de altar en la capilla donde reposan los restos mortales de mis padres, de mi hermana María Luisa, y de él mismo.

Mi padre, aparentando seguridad para tranquilizar en lo posible, dirigía aquella operación de salvamento en un esfuerzo sobrehumano por conservar el equilibrio con mi madre, intentando facilitar la entrada a aquellos lúgubres sótanos donde la estrechez de sus pasillos impedía el paso y la gente se atropellaba, unos con otros, con la frialdad que produce el miedo y la impotencia. Una vez dentro, apretujados y encogidos en aquellas destartaladas estancias de paredes agrietadas, donde la humedad aparecía mugrienta, mi madre rezaba en silencio; las lágrimas salían a borbotones de aquellos ojos sin vida, vacíos en apariencia, pero llenos de esperanza. A pesar de tanta desgracia acumulada nunca perdió la fe, compañera inseparable hasta el resto de sus días.

En Aranjuez también vivía una de las hermanas de mi padre, casada con un industrial llamado Julio López Fernández; con el tiempo sería uno de mis tíos más queridos; con una sensibilidad especial, era un hombre bueno y generoso. Tenían una hija, María del Carmen, y mi tía estaba embarazada del que luego sería su segundo hijo, Julio. Muchos años después vendría Maribel, de la que yo sería su padrino de bautismo y, por tanto, ahora mi ahijada además de mi prima. Mi tía se llamaba Antonia, igual que su abuela paterna, pero no he podido averiguar el porqué de la coincidencia de nombre con mi padre —los dos hermanos se llamaban igual— nunca tuve la curiosidad de averiguarlo, —ahora sí, pero nadie me da la respuesta— supongo que mis abuelos tendrían sus razones o su rareza.

Regentaban una exquisita tienda de ultramarinos, una especie de *delicatessen* que cuidaban con esmero y profesionalidad; los anaqueles y estanterías aparecían tan apetitosos que incitaban a llevarse de todo. Situada en el mejor sitio posible de la ciudad, en la plaza del Ayuntamiento, formaba

esquina con dos calles muy céntricas, Generalísimo –hoy Estúar- y Gobernador; con dos enormes escaparates a la calle decorados con tanto detalle y exquisitos productos que resultaban irresistibles.

Eran y son ahora los que quedan –hijos y nietos- buena gente, honrados a carta cabal, trabajadores hasta el agotamiento, respetados y respetables. Pero también sufrieron los efectos de la guerra; fueron objeto de persecuciones y saqueos; no sé si por tener mezclado el apellido Banegas o por ser personas de posición y de éxito. Las dos cosas se conjugaban.

Un día, o mejor una noche -todo lo hacían con premeditación y nocturnidad- apareció en su casa un grupo de milicianos, armados hasta los dientes; fuertes golpes en la puerta retumbaban en el interior, repetidos en el silencio como un eco imaginado. Era muy tarde, casi de madrugada; preguntaban por Julio López. Los espíritus invisibles envolvían la estancia de oscuros presagios.

Como vivían con la inquietud en el cuerpo y el miedo en el alma, y presentían que esta situación se podía producir en cualquier momento, a mi tío le dio tiempo a esconderse en un armario de doble fondo -previamente preparado- en una habitación, al otro lado de la casa, que a su vez tenía un balcón a la calle.

Al abrir la puerta, entraron precipitadamente; sin mediar palabra iniciaron un minucioso registro. Mi tía con la cara desencajada y temblorosa, la niña sobrecogida y acurrucada a las faldas del camisón de su madre; la imagen era conmovedora. Pero aquellos descontrolados no entendían de sensibilidad, y mucho menos de sentimientos, solo de odio, rencor y venganza.

Mi tío no debió considerar seguro el escondrijo del armario y se descolgó por el balcón a la calle, afortunadamente la vivienda estaba situada en el primer piso y el establecimiento en la planta baja lo que le permitió saltar con cierta facilidad. A la vuelta de la calle, en la fachada principal, otros milicianos esperaban.

Sin pérdida de tiempo corrió hacia un pueblo cercano, Chinchón, donde encontró asilo en casa de una amiga de la familia; se llamaba Nicolasa, viuda y dedicada a bordar por encargo; allí estuvo algún tiempo haciéndose pasar por miliciano. Mi tío era hombre de muchos recursos.

Al día siguiente se presentaron de nuevo en su busca, naturalmente no estaba pero apenas si registraron la casa, sus pretensiones eran otras. En tono amenazador pidieron que les abrieran la tienda y el almacén; con el susto y

los nervios mi tía no acertaba a encontrar la llave de los cierres exteriores que permitirían sacar la mercancía a los camiones. Los gritos y amenazas no hacían más que complicar la situación; mi tía, en avanzado estado de gestación -no sé cómo aquel embarazo tuvo un final feliz con tanto sobresalto-, rompió a llorar presa del pánico y al borde de un ataque de nervios. Un vecino -que escuchaba tras la puerta de su casa- no pudo soportar la situación y les dijo: *Por favor, ¿no veis en el estado que se encuentra esta mujer?* , y tras tranquilizar a mi tía, hacer que se sentara y darle un vaso de agua, se ofreció de intermediario; afortunadamente no tomaron represalias contra aquella buena persona.

Dejaron la tienda y el almacén como una patena. Todo se dio por bien empleado; de momento habían salvado la situación.

Otros miembros de la familia no tuvieron tanta suerte, pero nunca pudieron pensar que las cosas fueran tan a peor. Lo sucedido con la familia Banegas quedaría en la memoria como uno de los episodios más sangrientos y despiadados de este bando -el republicano- que ahora viene solicitando compensaciones y prebendas y practicando el victimismo. Benito Banegas, primo hermano de mi padre, fue asesinado en el patio de su casa por unos energúmenos que dispararon a bocajarro sin el más mínimo atisbo de piedad, ante la desesperación e impotencia de su mujer -la tía Antonia- y el horror de sus hijos Milichu, Toñi y Benito, entonces unos niños.

Aquella imagen tan cruel y sangrienta permanecería en la retina de sus ojos, como una foto fija representativa del dolor y la angustia, y grabada en lo más profundo de su alma, para el resto de sus días, como la representación más visceral del odio y la venganza. Pero el tiempo se encargaría de demostrar su nobleza; no creo que fueran capaces de perdonar, ni mucho menos olvidar, ni siquiera de intentar comprender -estos comportamientos escapan al entendimiento-, pero sí supieron adaptarse -con el paso de los años- a una nueva forma de convivencia, basada en el respeto y la tolerancia que, para hacerla posible, necesitaba de una buena dosis de sacrificio y generosidad.

El ambiente cada día se hacía más irrespirable, la convivencia más difícil, y el peligro más patente, hasta en los lugares menos propicios; en los locales de suministro donde se acudía con la cartilla de racionamiento a retirar los productos comestibles más necesarios y básicos. La crispación producía situaciones de verdadero peligro. *¡Esta huele a cirio! No veis que respira incienso?* Esas y otras lindezas decían con gesto amenazador. Les sucedía a mis tías y a otras personas que permanecían en la cola con

la angustia en el alma y el corazón encogido. En ocasiones, incapaces de soportarlo, abandonaban aterrorizadas, a pesar de la necesidad de avituallamiento y la dificultad, cada vez mayor, de conseguir alimentos.

Apolonio Banegas, hermano de Antonia y cuñado de Benito -en esta familia todo son Banegas pues los matrimonios se celebraban entre primos-, al ver que las cosas se estaban poniendo muy peligrosas, harto de estar escondido y finalmente delatado, decide marcharse a Alicante. Tras un penoso peregrinar fue detenido y recluido en la misma cárcel que José Antonio Primo de Rivera. Precedido de un penoso calvario -torturas y vejaciones- pudo ser fusilado al alba de un atormentado día que amaneció oscurecido por los nubarrones que produce el odio y la venganza; logró sobrevivir, probablemente por la intervención de un cuñado que era oficial del ejército republicano.

Pero la cosa no quedó ahí. En Toledo vivía otra de las hermanas de Antonia y Apolonio; Dolores Banegas y su marido Francisco Talavera regentaban un comercio de tejidos situado en la Plaza de Zocodover. Ellos también sufrieron la tragedia. A Francisco lo mataron una noche en su propio establecimiento con tanta saña que lo remataron disparándole en los ojos. Dolores y sus hijos Tomás, Juan, Miguel y María Luisa -unos adolescentes-, se refugiaron en el Alcázar de Toledo. Uno de los oficiales al mando de las fuerzas que posteriormente defenderían el asedio -junto al coronel José Moscardó- era el entonces comandante Ricardo Villalba -más tarde General-, que pasado el tiempo se casaría con esta jovencita a la que llevaba veinte años.

Podríamos seguir relatando episodios parecidos relacionados con mi familia, y los efectos sobre ella causados, pero no es este el objetivo de este libro, solo algunas pinceladas para situar al posible lector en las crueldades sin sentido de una guerra inevitable en la que los dos bandos tuvieron su participación. El odio se convirtió en una forma de vida, a unos les correspondió ejercer de héroes y a otros de víctimas, cada uno esgrime sus razones sobre un escenario de ruina y muerte donde solo sobresale el lamento, el desastre que ha dejado abierta una fractura entre un antes y un después, la venganza que convierte a unos y otros en rehenes de sí mismos. ¿Dónde empieza la grandeza del hombre y dónde su miseria? Es una pregunta que he leído en alguna parte, pero ni sé ni he encontrado la respuesta. Tras los alevosos asesinatos, sangrientas luchas callejeras, y sus extremas consecuencias, dudo que cualquiera de los dos bandos victoriosos hubiera renunciado a un nuevo ajuste de cuentas con su contrario. Aunque yo, en

este relato, me vea condicionado, y de alguna manera obligado a contar las cosas desde el ángulo de visión que más directamente me ha afectado.

Mientras tanto mis padres también sufrían lo suyo; vivían atemorizados pensando, no solo en lo que pudiera venir en un futuro tan próximo que podía ser esta noche o mañana, sino porque las cosas no estaban yendo bien para los republicanos en “El Cerro de los Ángeles” –cercano a Aranjuez-, ni en su “fortín” más próximo, “La cuesta de la Reina”; allí tenían sus guaridas más infectas, convertidas en cementerio de fusilamientos sumarrísimos, y las reacciones de venganza y represalias -si las cosas apuntaban tan mal- podrían ser tremendas.

El desarrollo de nuestra libertad depende de nuestra determinación. Mi padre llevaba tiempo pensando en la posibilidad de salir de aquel lugar, donde la vida dependía de un hilo, y volver a su pueblo donde todavía conservaban su casa, y algunas fincas; Ojós, un pequeño pueblo -de apenas mil habitantes-, de la provincia de Murcia. Las noticias que llegaban –a través de familiares y amigos- es que allí las cosas estaban más tranquilas, no había ese clima de confrontación que aquí se respiraba.

Pienso que mi padre no había tomado antes la decisión de marcharse y volver al pueblo porque sabía que nuestra casa había sido requisada y convertida en “cárcel del pueblo”; lo había guardado en secreto por no asustar a mi madre más de lo que estaba, con la complicidad de mi abuela materna que, a su vez, le decía a mi padre que no era problema, que nos fuéramos a vivir con ella y, una vez allí, intentaríamos recuperar nuestra casa.

A mi hermana le daban unos espasmos musculares, que afectaban a las articulaciones, y el médico les había recomendado salir de aquel infierno si querían evitar que se quedara paralítica. La medicación no respondía y el diagnóstico estaba claro, este proceso tenía su origen en las situaciones de nervios que la criatura estaba padeciendo.

Escribir este relato -depende del estado de ánimo- me produce sensaciones distintas. Alguna vez brotan las lágrimas, con emoción incontenible, al convertir en presente aquellos tiempos del pretérito; otras, como resistiéndome a creer que tales hechos pudieran ser verdad, con la sensación de estar inventando un programa de ficción -de los que transcurrido el tiempo yo tendría la oportunidad de hacer para televisión-, me siento incómodo, como si la parcialidad que imprime el haber sido *parte* me diera una visión exagerada, demasiado dramática y efectista: releo, corrijo, modifico, el resultado es el mismo; la realidad, desgraciadamente, supera la ficción.

MI MADRE ME DIO LA LUZ QUE NO TENÍA

Mi madre tenía un acusadísimo sentido de la orientación. Se movía por los espacios habitacionales de la casa con una soltura sorprendente. Iba de un lado a otro, por los armarios, vitrinas o alacenas, donde se guardaban artículos comestibles, vajillas u otros utensilios domésticos, y actuaba con la misma normalidad que si no estuviera privada de la vista; solo con un suave tacto de los dedos seleccionaba el elemento o cosa que buscaba, y si por cualquier circunstancia su intuición le gastaba una mala pasada, solo con el sonido de haber tropezado un objeto con otro, o una caída involuntaria de algo, la sensación de frustración se hacía patente en el gesto, y la rabia le inundaba todo su ser en una sacudida incontrolable que ella soportaba en silencio, interiormente, sin la más mínima participación.

Desde el primer momento de su repentina ceguera la *tata* Isabel se convirtió en un ser indispensable para mi madre. Era su bastón, su guía, sus ojos: su brújula, y las dos se complementaban en una simbiosis de compasión, cariño y entrega que nuestra Isabel derrochó con sobrada generosidad. Pero la rebeldía de mi madre ante su desgracia, intentando buscar una explicación a la que no obtenía respuesta, creó en ella un desasosiego, un ambiente de incomodidad nada fácil de compartir, y eso hacía que en repetidas ocasiones discutieran, porque mi madre exigía más de lo que Isabel era capaz de dar, a pesar de su incondicional disposición, y los niveles de perfección eran a veces tan exigentes que la confrontación se hacía inevitable.

Había dos vitrinas, situadas a derecha e izquierda de la chimenea, donde mi madre guardaba utensilios varios, piezas caprichosas y ya en aquel entonces antiguas, seguramente de más valor sentimental que material, pero que ella conservaba con un especial cariño y predilección. Con frecuencia había que limpiar y recolocar aquellos alacenas sobrecargadas y abundantes, cuyos espacios, especialmente cuidados, milimétricamente distribuidos y, en forma muy personal, ornamentalmente decorados, mi madre, ahora ciega, conservaba en su retina. Aunque en teoría las dos colaboraban en esta tarea, cuando todos aquellos objetos, una vez limpios, eran devueltos a los estantes, resultaba prácticamente imposible que Isabel acertara a ponerlos exactamente igual y en el mismo orden que estaban, lo que provocaba en mi madre desasosiego y regañina, y en Isabel frustración e inevitable disgusto. El que mi madre llegara a tener una idea tan concreta y perfecta de las cosas de la casa y su distribución geográfica era algo sorprendente, inexplicable, incomprensible. No sé si una especial sensibilidad había agudizado sus sentidos, el imperceptible sonido de los movimientos, el tacto ante una imagen

tan perfectamente dibujada en su mente, la magia de la perfección desafiando los dictados de la razón y las normas de la realidad, para intentar huir del abatimiento y la desesperanza que sufrió al principio e inevitablemente después.

Había días que a pesar de la resignación con que mi madre aparentaba mostrarse, la frustración, la fatiga visceral, y su desequilibrio emocional, tramaban las conjuraciones más tenebrosas. Encerrada en su cuarto, de rodillas en el suelo, imploraba a Dios, a modo de súplica, rezando en silencio con llanto recogido, solicitando con los brazos en cruz una explicación válida, invadida por la tristeza y la melancolía hasta llegar al grito desesperado; más tarde de pie, con los brazos en alto, mostrando su rebeldía ante la impotencia, la pérdida de conocimiento le hace caer al suelo con unas convulsiones tan violentas que ni mi padre ni mis hermanos mayores eran capaces de controlar. Esta situación se producía con alguna frecuencia sin que los médicos ofrecieran una solución práctica o un diagnóstico tranquilizador: solo el tiempo es capaz de recomponer estas situaciones tan frustrantes.

Yo creo que la desesperación de mi madre, más que por encontrar una explicación a su ceguera repentina, lo que necesitaba era saber por qué se había acumulado tanta crueldad al hacerlo coincidir con la pérdida de mi hermana María Luisa, la primera de sus hijas, con dos años de edad y de una enfermedad no explicada por la medicina de la época. Terminó aceptando su ceguera con cierta resignación pero de la muerte de la niña no se repondría jamás.

Al margen de estos episodios tan sobrecogedores, producidos en los momentos más inesperados, que presagiaban fatales augurios y mantenían a toda la familia en un estado de ansiedad difícilmente soportable, mi madre intentaba sobreponerse, procuraba adaptarse a esta situación con unas facultades realmente sorprendentes. Haciéndole frente a su angustioso problema con desafío, intentando demostrarse a ella misma que disponía de recursos y cualidades capaces de compensar esta disminución tan frustrante, se ocupaba, con predisposición, de otras actividades de la casa y de la familia, con la imprescindible asistencia de Isabel, siempre eficaz y voluntariosa, y el cariño, la ayuda y la cercanía de todos nosotros.

La llegada de mi hermano Pepe, el menor de todos los hijos, fue como una bendición, un bálsamo, mi madre se fue serenando con su embarazo, y su feliz alumbramiento nos proporcionó a todos cierta tranquilidad, y no pocas preocupaciones, pues ya éramos cuatro los hijos que atender en tiempos de muchas dificultades y escasez tan extrema que había que hacer muchos sacrificios para sobrevivir.

La terminación de la guerra, a finales de 1939, fue como una liberación, más bien un descanso en principio, que pronto se convertiría en una especie de espejismo donde la realidad se mostraba con una crudeza desmoralizadora para la mayoría de la población. La guerra fue mala para los que perdieron familiares y amigos en uno y otro bando: un millón de muertos es la cifra que figura en la insoportable losa que ha fustigado las conciencias -suponiendo que la tuvieran- de unos y otros. La guerra fue mala para los perdedores combatientes, reclusos en campos de concentración, sometidos a juicios sumarísimos con resultado de cárcel o fusilamiento, incluso para los que habían conseguido exiliarse en otros países a través de las fronteras. La guerra fue mala para los simpatizantes del bando perdedor, de entrada sospechosos, vigilados sus movimientos, sometidos a intensos interrogatorios, pendientes de la venganza de cualquiera que pudiera declarar en su contra ante la sospecha de cualquier actitud participante; incluso para aquellos que apenas se habían significado o habían logrado pasar inadvertidos que, para poder sobrevivir en este maremágnum de aguas turbulentas, se veían obligados a conseguir certificados de buena conducta, referencias o avales de personas de solvencia reconocida afines al bando ganador, incluso afiliarse a Falange, o asistir a misa todos los domingos para dar la sensación de estar integrados en este nuevo *movimiento*. La guerra fue mala para los vencedores, pues tras la euforia colectiva, el alboroto, las campanas al vuelo al paso de las tropas nacionales, y el patriotismo exacerbado, la cruda realidad se impuso depositando las consecuencias en la mayoría de los hogares españoles.

Los primeros años de la posguerra fueron los peores. Debido a los efectos devastadores de la guerra y al aislamiento internacional, en España escaseaba cualquier tipo de producto, sobre todo los alimentos. El hambre y la pobreza tenían sobrecogida a la población. El gobierno decidió controlar la distribución de mercancías, asignando a cada persona cierta cantidad de los productos básicos: un cuarto de litro de aceite, cien gramos de azúcar morena, doscientos gramos de jabón, un kilo de patatas, ciento cincuenta gramos de pan negro -el blanco era artículo de lujo- y, en escasa medida, arroz, garbanzos, judías... que había que recoger con Cartilla de Racionamiento, atendiendo al nivel social, estado de salud o tipo de trabajo del cabeza de familia: primera, segunda o tercera eran las categorías. La cartilla de racionamiento era la imagen depauperada de una ignominia nacional que padecíamos todos, niños y mayores. A cada ciudadano se le asignaba de forma personal, mediante cupones, previo pago de los mismos, alimentos de primera necesidad. Eran tiempos muy difíciles, pues a la escasez de la mayoría de los productos se unía el desorden y la incertidumbre. Como resultaba casi imposible adquirir de forma legal cualquier alimento no controlado por

el sistema de racionamiento, el mercado negro fue inevitable. La picaresca y la usura tomaron carta de naturaleza; el famoso *estraperlo* se impuso de una forma generalizada, aplicando precios muy por encima de lo establecido por la Comisaría de Abastecimiento, a pesar del riesgo de ser condenadas con penas de cárcel las personas que actuaban al margen de la normativa legal.

A la desolación reinante se unía la lentitud del procedimiento. Los campos estaban destrozados por los efectos de la guerra, las tierras que no habían sido dañadas aparecían abandonadas y sin cultivo; la materia prima escasa o inexistente, y la posibilidad de producción casi imposible. Conseguir tejidos para la ropa era caso de privilegiados; la gente utilizaba sábanas y cortinas para confeccionar vestidos, camisas y otros atuendos. Las habilidades manuales y artesanas tomaron gran protagonismo. Se impuso la necesaria alpargata con tela de lona y suela de esparto o cáñamo. Se hilaba la lana de las ovejas, con la que se tejían jerséis, chaquetas y otras prendas de vestir. La población, sobre todo en las zonas rurales, sobrevivía con las más sorprendentes ocurrencias. Guisos de castañas, potajes de trigo, patatas a lo pobre, patata hervida con laurel y un toque de colorante, y cuando la situación rozaba lo intolerable, tortilla de patata sin patata ni huevo -la parte blanca de la cáscara de la naranja cortada y cuajada con una mezcla de harina, agua y bicarbonato-, achicoria por café... La necesidad obliga. Los pocos productos que se podían conseguir, al haber multiplicado su precio, resultaban inasequibles, a lo que se sumaba la falta de dinero, solo se aceptaba el de la zona nacional; la moneda acuñada en la zona roja no tenía ningún valor.

La posguerra fue un tiempo en España de privaciones, de sufrimientos, de cura de enfermedades y de llorar por nuestros muertos. En aquel paisaje estremecido todos estábamos acorralados, y sobre nuestras mesas de comedor, hacía pocos años abastecidas de ricos y variados manjares, en aquellas largas mesas, sobre las tablas sin mantel, de la escasa alimentación sobrecargada de ingenio relucían los tomates encarnados, las blancas patatas, los cacahuetes oscuros, y el chocolate negro lleno de cacao, que fueron los únicos alimentos que llegaban a nuestras casas, en envíos inolvidables de manos amigas desde el Mediterráneo. Ante tan escasos alimentos, las familias, escuálidas y desnutridas, ofrecieron una imagen de abatimiento insoportable. Pero terminada tan frugal alimentación, todos, nuestros pobres abuelos, nuestros ancianos padres, y nosotros los pequeños que cantábamos y reíamos todavía sin saber por qué, nos asomábamos a los balcones y mirábamos al cielo, y el cielo era azul y blanco, y no surcaban los espacios los aviones amenazantes, aterradores, ni oíamos el sonido ensordecedor de las balas cruzadas en las calles.

MI PUEBLO, MI FAMILIA, LA POSGUERRA

Ojós es un pueblo muy pequeño, situado en el corazón del pintoresco Valle de Ricote; lugar que constituye una de los enclaves geográficos, históricos y culturales más bellos y significativos de la región de Murcia. Sus fértiles huertas y paisajes se extienden a través de los municipios vecinos de Abaran, Blanca, Ulea, Villa Nueva del Río Segura, además de la misma Villa de Ricote que está en un alto y se considera la más antigua, en el corazón de La Comunidad, dando forma a un verdadero complejo orográfico donde las tierras de labor alternan con el arbolado. Por la hermosura del valle, adornado de naranjos y acequias, las palmeras jalonan este oasis milenario donde se asientan estos pueblos repletos de historia y líneas caprichosas, diversidad de flores, plantas, y exquisitos frutales de sorprendente colorido, que aparece rodeado de cerros puntiagudos, agresivos y peligrosos, donde el llamado Solvente –cañón de gran espectacularidad paisajística- rivaliza en protagonismo.

Reviste especial interés, a causa de la estrecha relación que guardan, el conjunto de estos pueblos y su especialización de cultivos. El accidentado Valle de Ricote –donde se asienta Ojós- conjuga su exuberante vegetación rural con la bravura de algunas zonas del paisaje, irrumpe en las frondosas riberas del río segura y pone en comunicación los pueblos y civilizaciones de tradición morisca que, a lo largo de los siglos, ha ido poblando desde la prehistoria hasta nuestros días como testigo privilegiado de todo lo que ha significado a través del tiempo la trayectoria de la región.

En Ojós, apenas mil eran sus habitantes, y tanto los efectos de la guerra como los de la posguerra se manifestaron con menos virulencia que en otros lugares menos afortunados. A pesar de la desmoralización que dominaba en mi familia, la vuelta al pueblo se hizo con un poco de esperanza. Ya teníamos bastante problema con la situación que vivía mi madre con su ceguera, la frustración producida por la muerte de mi hermana María Luisa, y las consecuencias psicológicas que los bombardeos produjeron en mi hermana Encarnación. Aquí habíamos nacido todos y fue como una liberación encontrarnos de nuevo en este lugar, relativamente tranquilo, después del horror que estaba sufriendo Aranjuez, tanto la ciudad como las colindantes zonas implicadas en el conflicto, y por su cercanía a Madrid. Volvimos a nuestra casa, donde habíamos vivido antes de trasladarnos; era la de mis abuelos paternos, Blas y Águeda, ya fallecidos. Una hermosa casa que ocupaba toda una manzana, en el número 1 de la calle Compañía de Jesús, y daba a cuatro calles; la luz penetraba, a través de sus balcones y ventanas, por los cuatro

Ojós, en el pintoresco Valle de Ricote, provincia de Murcia



costados de su estructura geográfica. La había heredado mi padre de los suyos, de acuerdo con sus hermanas Antonia y Milagros, ya casadas, y con sus vidas más o menos organizadas, supongo que tras el reparto de otros bienes incluidos en la herencia. Contábamos con el apoyo de mi abuela materna, Gregoria (mi abuelo Jesús había fallecido), y sus hijos Crisanto, Jerónimo y Sebastiana, hermanos de mi madre, los tres solteros. También vivían en el pueblo otras hermanas de mi madre: Silvina, casada con Feliciano, y Julia casada con Natalio. Eran ocho los hermanos: María y Benita, también casadas, vivían con sus familias en pueblos cercanos de la provincia. Todos disfrutaban de una posición más o menos desahogada, ahora, naturalmente, disminuida y afectada por la situación de escasez general que se vivía en todo el país. Además mis padres disponían de algunas tierras de regadío, otras de secano en el Campo de Ojós, y un pequeño olivar en la carretera de Ricote; en esos momentos casi abandonadas y sin cultivo, pero con la posibilidad de recurrir a ellas a la hora de buscar soluciones.

Mi familia, aquí en el pueblo, era conocida y respetada, yo no recuerdo ningún episodio o problema relacionado con la situación de conflicto que se vivía. Todavía no había terminado la guerra cuando volvimos, y tuvimos unos meses de incertidumbre temiendo algún episodio que afortunadamente no se produjo.

La grandeza de las gentes de este pueblo estuvo en su comportamiento. Supongo que habría partidarios de los dos bandos, y había que guardar las apariencias, pero coincidían en lo fundamental. Todo el mundo sabía que en la casa de Bartolo, en la calle que dirige hacia “La Canal”, el cura del pueblo, don Gonzalo Cánovas Guirao, se escondía en las profundidades de un *aljibe* —una especie de pozo, generalmente decorado con azulejos de la época, del que se saca agua con un artilugio que consistía en una gruesa cuerda de la que pende un cubo. Por medio de una *garrucha*, la cuerda sube y baja el cubo a las profundidades para repostar-. Su madre doña Paca y su hermana Adriana se turnaban en la vigilancia. Cuando llegaban los milicianos, desposeído de la sotana se dejaba descolgar al pozo mediante la garrucha, agarrado al cubo y a la cuerda. De esta forma pudo salvar su vida pasando inadvertido cuando se producían los registros. Con la complicidad y a veces con la ayuda de su vecino Ponciano en el que se daba la paradoja de ser comisario político del bando republicano.

Otro hecho pintoresco se produjo en la iglesia. Los desmanes y saqueos se extendían a todas ellas. Y alguien tuvo la genial idea, y valor para adelantarse. Aprovechando la oscuridad de la noche, un grupo de personas con arrojo suficiente, sacaron de la iglesia la imagen de San Agustín —patrón del

pueblo-, y la de la Virgen de la Cabeza, ambos queridos y venerados, con el propósito de esconderlas en el cementerio, único lugar previsiblemente respetado. Los muertos no son enemigos de nadie, ni partidarios de bando alguno; reposan en la soledad y en el silencio bajo la inscripción eterna e inmarcesible de un epitafio que no se borrará jamás. La empresa se ofrecía ardua y difícil, no solo por el tamaño y peso, que también, sino por la distancia y dificultad del trayecto. Más de dos kilómetros, en pendiente sinuosa y accidentada, era la distancia al *campo santo*. Lo quebradizo del terreno, la subida por los escarpados flancos del camino, representaba un trabajo muy fatigoso para lo que hubiera debido parecer una devota peregrinación, hasta llegar al cementerio. Milagrosamente la proeza fue posible, los santos pasaron su calvario escondidos en una ingeniosa imitación de tumbas hasta el final de la contienda, dentro de una *capilla-panteón* y con la complicidad de uno de los vecinos del pueblo, Pedro Martínez, que era su propietario.

“*La guerra ha terminado*” fue la noticia más esperada. A nuestro alrededor percibimos sosiego y esperanza –supongo que más para unos que para otros-, y no en todos los pueblos cercanos al nuestro las cosas transcurrieron con tanta tranquilidad.

A partir de aquí las gentes del pueblo se afanaban en recuperar la normalidad perdida, dejando atrás sus amarguras, despertando su sensibilidad en función de nuevas aspiraciones, intentando recomponer sus carencias, que resultó ser tarea ardua y dilatada. Por suerte, el espíritu de supervivencia supera al de nuestras aspiraciones y proyectos, y nos impulsa a plantearnos nuevas formas de vida a través de la experiencia acumulada, utilizando como sentimiento máspreciado, la resignación.

No fue tarea fácil para mi padre reorganizar la economía familiar del presente con miras y visión de futuro. A los infortunios familiares, que supo llevar con gran entereza y predisposición, se unía el problema de abastecimiento, la escasez, el encarecimiento de la pocas cosas disponibles, la falta de medios y, sobre todo, la dificultad inmediata, pues poner en funcionamiento los recursos que podría proporcionarle la productividad de sus huertas, no solo era cuestión de medios sino de tiempo, pues obvio es que esas labores, dilatadas y minuciosas, no se pueden improvisar de la noche a la mañana. Me apresuro a decir que entre los recuerdos y vivencias que conservo de mi infancia y años juveniles no sobresale esa agobiante escasez penumbrosa y miserable que permanece en el recuerdo de la mayoría de la población. No tengo la sensación de haber pasado hambre, ni escasez extrema, ni necesidad imperiosa en el vestido o el calzado, todo transcurría con una modestia necesaria pero con normalidad y, supongo, con equivalente equilibrio; mis

padres cargaron con la mayor parte de los sacrificios, a los que mis hermanos mayores Antonio y Encarnación no serían ajenos —once y catorce años de diferencia conmigo y cinco más con mi hermano Pepe—, y la preocupación, acompañada de no pocos juegos malabares, la consecuencia de que en nosotros repercutieran los menos sacrificios posibles.

Jamás olvidaré aquellas mañanas en las que todos impacientes esperábamos la llegada de mi hermano Antonio con el cesto de higos frescos recién cortados para desayunar; qué sabor más exquisito. Eran higos perfectos, de piel aterciopelada, y *carne* rosácea, que sabían a puro almíbar. Sentados alrededor de la mesa rendíamos homenaje a una hermosa higuera que sobresale del paisaje formando parte del bello perfil del huerto, rodeada de limoneros y naranjos en incipiente escaso azahar y el inconfundible aroma de las flores con su variopinto colorido, a la que mi hermano trepaba con una agilidad sorprendente.

Algunos días el desayuno rayaba en la exquisitez: rebanadas de pan blanco con aceite de oliva y, en ocasiones, acompañadas con un poco de azúcar. El pan se había convertido en un artículo de verdadero lujo, sobre todo el de trigo. Un pan costaba 15 o más pesetas, cuando el jornal de un obrero estaba en 6 o 7 pesetas. También se hacía pan de maíz o de cebada y, más tarde, el de centeno —o pan negro—, que se entregaban con cartilla de racionamiento; se ofrecía escaso y miserable. En el mercado negro se encontraba de todo pero a unos precios imposibles para lo que no fuera una excepción. Mi padre tenía una prima que trabajaba en este campo de la molienda de trigo; la llamaban Dolores la Molinera. Estaban situados comercialmente en la calle principal del pueblo, cerca de la plaza de la Iglesia y el Ayuntamiento. Con relativa frecuencia, cuando yo estaba jugando en la plaza con mis amigos, me llamaba toda sigilosa, me entregaba un hermoso pan de hogaza redondo, y me indicaba con urgencia que corriera a llevarlo a mi casa. Mi madre se ponía loca de contenta.

Me vienen a la memoria algunas imágenes de la vida cotidiana de esos años. Imágenes claras de lo que es la mentalidad, sus costumbres y formas de vida adaptadas a la realidad de los hechos, la complejidad de ser fiel a sí mismo, con las dificultades a las que obliga la supervivencia. Entre ellas, claro está, la situación de agotamiento de España tras la guerra. Quizás la más visible consecuencia de la situación generalizada a que se llegó con los intercambios mercantiles y la función de mercado, necesarios para poder subsistir.

Algunas veces, aprovechando el viaje de un conocido que se trasladaba en carromato, *tata* Isabel iba al campo cargada de naranjas y limones a cambiarlos por otros comestibles. De regreso traía patatas, boniatos, legumbres y algo de harina. Y cuando la situación lo requería mi madre, con gran sacrificio, permutaba ropa antigua bordada a mano: sábanas, toallas, colchas, mantelerías...que ella guardaba como objetos de gran valor sentimental, y los cambiaba por aceite, azúcar, huevos, leche, y otros artículos comestibles de difícil y costosa adquisición en el mercado. Cuando conseguían botes de leche condensada, una vez preparada al *baño María*, la tomábamos dosificada a cucharadas como sobrealimentación; otras veces, disuelta en agua caliente, una yema de huevo acompañaba a la leche -el famoso *ponche*- que mi madre nos hacía tomar con rigurosa disciplina. La alimentación diaria, en general, en su aspecto nutricional, no cubría las necesidades del cuerpo, por lo que para intentar evitar ser invadido por la enfermedad de la época, la tuberculosis -para la que no existían medicamentos-, en los más jóvenes y, sobre todo, los niños, se agudizaba el ingenio y se improvisaban recursos más o menos asequibles.

INTENTANDO RECUPERAR LA NORMALIDAD

Mi padre también colaboraba en estas tareas de intendencia familiar, al tiempo que intentaba planteamientos y soluciones más duraderas, con miras a una estabilidad que permitiera mirar al futuro con cierta tranquilidad. Sus viajes a la capital y a otros pueblos de la provincia: Hellín, Caravaca de la Cruz, Calasparra, Ceutí..., cualquier sitio donde tuviera un amigo o conocido que le proporcionara la posibilidad de conseguir ayuda, asesoramiento o contactos para sus planes. A veces aparecía con un jamón -cosa extraordinaria-, tocino *vetoso*, algunos embutidos y, en cierta ocasión, hasta una hermosa gallina. Ahí es donde surgió la idea de crear una pequeña granja que facilitara los alimentos básicos. Rehabilitó un corral abandonado que había en uno de nuestros huertos, cubierto por un viejo parral que, una vez saneado y atendido, proporcionaba sus buenos racimos de uvas. No sé cómo se las arreglaría pero consiguió gallinas, dos cabras lecheras, y una cría de cerdo que al final del año terminó pesando casi 200 kilos, cuya matanza se convirtió en un rito en años sucesivos. El cerdo se criaba durante todo el año, a veces más de 15 meses, hasta que engordaba lo suficiente. Se adquirían pequeños, tras el *lechado*, y se procedía a su cría primero y después a su engorde, hasta *cebarlos*. Su alimento consistía, principalmente, en un *potingue* compuesto de salvado, orujo, zanahoria, y patata, o corteza de la misma si la necesidad obligaba (la patata pequeña para los cerdos, la mediana para

la nueva siembra, y la grande para consumo); cuando se podía elegir, si no había que improvisar. La algarroba podía ser otro de los componentes.

Mientras tanto las tierras habían empezado a producir, tímidamente, en principio, pero era una aportación que se veía próxima. Mi padre había conseguido un poco de abono para ayudar a regenerar la tierra. Algo de insecticida para eliminar la influencia que la falta de riego y el abandono había producido en los árboles. Limpieza a base de *poda* para sanear las ramas y regenerar sus brotes. Naturalmente, tras antes haber practicado la “*majenca*” o cavado a media pala de azada para remover la tierra, y dejarla preparada para absorber cualquier *regenerador* que se le aplique. Insistiendo, más tarde, con el “*roce*” que consiste en quitar la hierba, moviendo la tierra a tres o cuatro dedos de profundidad. Cuando el terreno queda esponjoso, no hay que descuidar los riegos, repartidos convenientemente, porque el cultivo necesita su mimo, el fruto su belleza; cada árbol tiene su razón y su manera de madurar. Con la ayuda de gente del pueblo, sabia y experta, a base de peonadas; 6 o 7 pesetas cada jornal.

La “tahúlla” es la medida utilizada en estos pueblos para calcular las tierras; tiene 1.118 metros cuadrados u 8 ochavas: (una ochava 32 brazas). La propiedad está muy repartida. Salvo en el caso de los tres o cuatro grandes terratenientes, la extensión normal de un huerto es de media o una “tahúlla”, que sus propietarios cultivan de una manera personal, compaginando con otros trabajos por cuenta ajena para poder subsistir. Una familia que reúna entre 4 y 6 “tahúllas”, unidas o distribuidas en varios huertos como en el caso de mis padres, podía vivir de una forma más o menos desahogada.

Cuando la cosecha empezó a normalizar su rendimiento, no muy abundante en principio, mi padre pensó en organizar su propia distribución. Lo normal era esperar a la llegada de los representantes de las grandes almace- nes distribuidores de fruta. Gente con mucha experiencia que compraba la producción de cítricos de la comarca a los pequeños propietarios, uno a uno, a precios generalmente escasos que no daban para muchas alegrías. Tras el proceso de recolección, una vez en sus almacenes, seleccionaban cuidadosamente el producto; el de mayor presencia, una vez empapelado de forma individual, envasado por tamaños, y etiquetado con la marca, era distribuido a los mercados internacionales de los países con los que se estaba empezando a normalizar relaciones. El resto se comercializaba en el interior del país.

La industria conservera situada en la zona igualmente acaparaba una gran parte de la producción. No se limitaban a los cítricos: naranja, limón o mandarina, también albaricoque, melocotón, pera... Estas fábricas se nutrían de

personal obrero –generalmente mujeres- de estas mismas localidades, que por turnos de ocho horas trabajaban las veinticuatro del día. Aprovechaban todo, no había merma alguna, pues los tamaños o formas menos atractivos eran triturados en sus fábricas y utilizados para la producción de refrescos, o procesado de mermeladas.

La cosecha principal estaba basada en naranjas y limones. Los tipos más comunes son: la llamada “sangrina”, de piel fina, color rojizo cambiante por fuera y, como su nombre indica, de aspecto *sangrino*, a veces muy acusado, por dentro, pulpa dividida en gajos de sabor dulce muy agradable; se recolecta de diciembre a febrero. La “berna”, duradera y resistente, es la que más se utiliza para exportar: de aspecto muy natural, color naranja por fuera y amarillenta por dentro, jugosa y de sabor muy agradable; se recolecta a partir del 15 de marzo. Referido al limón, el de más generalizado cultivo es el “berna”, de forma ovoide, mucho *aguante*, poca pulpa y abundante líquido; se recolecta en enero. El conocido como *limón común* se corta muy temprano –septiembre, octubre- evitando las heladas; es redondo y fino de piel, tiene el inconveniente de que se pasa enseguida. Otra variedad es el *limón real*, de piel *basta*, mucha pepita y poco *aguante*.

Como anécdota podríamos referir la casual aparición de *fenómenos* bellísimos. Ejemplares de limón que han adoptado las formas más raras o extraordinarias que uno pueda imaginar. Seres sorprendentes, nacidos en la rama de un limonero, germinados de una flor de azahar, con la apariencia de seres vivos inconcretos que la imaginación identifica, bella y únicamente, con la imprevisible e inagotable fuerza creadora de la naturaleza. También se da el caso de ejemplares de limón -llamado *poncil*-, de gran dimensión, con su contenido cítrico disminuido al tamaño de una nuez y el resto de su espacio físico hasta la corteza compuesto de una molla blanca y esponjosa -que se corta a rodajas como la manzana para comer-, de sabor y textura muy agradables. Hay un árbol de esta especie que ofrece un limón desposeído de su natural acidez, de sabor tan dulce y agradable al comer como un producto de confitería. O la “lima”: refinada, pequeña, esferoidal aplanada, pulpa verdosa, agridulce, jugosa y exquisita de sabor. Despide un fino aroma, un agradable perfume al separar la corteza para degustar el fruto. Se utiliza también para darle un toque exótico a la coctelería, tartas y otros confitados. Es una variedad de limón, nace de pequeños brotes *bordes* que se trasplantan para que crezcan con independencia; su fruto es incomedible hasta que se *injerta* y recupera sus propiedades. No se sabe qué fue antes, el *huevo* o la *gallina*.

En este aspecto de comercializar la producción, mi padre quiso utilizar su propio sistema. Convenientemente envasada en cajas de madera, enviaba

la fruta al Mercado Central de Madrid, a través de un asentador acreditado llamado Vicente Ribes Moltó. Mi hermano Antonio se trasladó para recibir la mercancía y controlar su distribución. El negocio empezó a funcionar y mi padre pensó inmediatamente en ampliarlo comprando la cosecha a otros propietarios del pueblo. Dos fórmulas trataban al negociar la cosecha. Al peso, tantos kilos tanto dinero; negocio *pesetero* pues el margen de beneficio es muy pequeño. O a *tanteo*, costumbre muy extendida, y rentable si las cosas salen bien. Se calcula la cosecha en flor a precio muy reducido. Se cuentan los árboles del huerto en cuestión, -generalmente una “tahúlla” suele tener unos 50 árboles-, se saca la media por árbol según cálculo del rendimiento floral, con lo que si todo marcha bien se sabe muy aproximadamente los kilos que al final del trayecto tendrá la cosecha. El vendedor recibe menos dinero, pero se quita de encima cualquier preocupación. El comprador asumía la posibilidad de tormentas, granizos, plagas, y otros riesgos, que podrían representar la ruina. Por eso se compraba tan barato. Era vivir con la angustia en el cuerpo hasta la llegada de la recolección. Y mi padre no vivía angustiado por lo imprevisible.

Ese año no ocurrió nada anormal que pudiera haber arruinado la cosecha, y las ganancias fueron muy generosas. Pero al siguiente año, una tormenta demoledora, con *pedrisco* incluido, dejó en la ruina casi la totalidad de la producción, con desbordamiento del Río Segura -que cruza el pueblo de norte a sur-; anegó las huertas situadas en las orillas de sus dos riberas, y produjo tal desastre que hipotecó la posible producción de la mayoría durante los próximos siguientes años. El original e histórico puente colgante que comunica las dos orillas del río, fue prácticamente destruido por la furia del vendaval y la fuerza demoledora de la riada -a pesar de sus casi cuatro metros de altura sobre el cauce normal del río-, ofreciendo una imagen desoladora en las tierras situadas a lo largo y ancho de sus dos riberas, y arrasando sus orillas adornadas de abundante y rica vegetación, jalonadas palmeras, y exuberantes adelfas, acacias y junqueras.

SIN MIRAR ATRÁS

En el pueblo la vida transcurría en una rutina contagiosa. La monotonía obligada por un comportamiento conformista, sumida en la resignación, basada fundamentalmente en la supervivencia, una especie de anestesia que mantenía adormecida a la gente que, lejos de pensar en el futuro, permanecía anclada en el presente, agradecida, o puede ser que incluso hipnotizada por la forma en que el engranaje se iba recomponiendo. Algo parecido al me-

canismo de un reloj de rudimentaria maquinaria que marcha por la propia inercia de un *sofisticado* sistema; su funcionamiento está condicionado por el milagro de su estructura más que por la perfección de una maquinaria exclusiva y de garantía. Este simbólico reloj, contagiado por la autoridad con que su homólogo de la Iglesia marca con sonoras campanadas el inexorable ritmo de la vida de sus ciudadanos en los pueblos, contaba los segundos, minutos y horas, con la rutina e insistencia de su cronometrado *tic-tac*, sin importar en absoluto adelanto o retraso por su falta de precisión, en una normalidad ficticia basada en el ir y venir de las gentes *a un quehacer* cotidiano en una sola dirección: la supervivencia, y el agradecimiento profundo o resignado al sistema que ha asumido la paternidad envuelta en el manto áureo de la protección del Estado.

En esos tiempos de la posguerra, donde todo estaba influido, dirigido o manipulado, los símbolos mostraban un especial significado que condicionaba el comportamiento de las personas, de una y de otra ideología, sobre todo en los pueblos. Conviene aclarar –para evitar malos entendidos–, que no más que antes en *la república*, o después en *la democracia*; es la política que corrompe e inunda de demagogia, sea quien sea el que ostente el poder.

La Iglesia se convirtió en un útil instrumento al servicio del Estado, tuvo una influencia definitiva en la convivencia y aparente reconciliación de las distintas ideologías, y colaboró a apaciguar la peligrosa agresividad que mantenía viva y amenazante la llama del odio y la venganza entre vencedores y vencidos. Pero las gentes de este país tenían una necesidad imperiosa de creer en algo, y la iglesia ofrecía sosiego y cercanía, conjugaba la vida y la muerte en actos fundamentales y entrañables donde por tradición y convencimiento coincidían las familias, amigos y conocidos, aparcando sus diferencias, y poco a poco se fue convirtiendo en el alma de estos viejos pueblos, ocupando un lugar de privilegio en las vidas de sus gentes sencillas, cansadas de tanto sacrificio, y colaboraba en hacer más estrechas, constantes y comprometidas las relaciones entre los habitantes de un lugar.

Desde el amanecer, cuando las tempranas luces del alba comienzan a dibujar tímidos trazos en la silueta del paisaje, los hombres del pueblo se disponen a comenzar su jornada *liando* un cigarro de bolsa, o petaca –picadillo de tabaco mezclado con no sé qué hierbas–, una especie de explosivo que chupan una y otra vez para evitar que se apague, acompañado de un estimulante *carajillo* -café con coñac–, en el bar La Molinera o el de Pepe y Ovidia, para que el cuerpo, supongo, vaya tomando conciencia de lo dura que va a resultar la jornada. Ahí es donde el reloj de la Iglesia pone rigor en el marcaje sonoro y sincronizado de las horas, las calles del pueblo recuperan su

actividad, más por rutina que apresurada, y el espacio se inunda de esperanza en una solución que depende más de la providencia que de su esfuerzo.

Pero hay otros sonidos, próximos y rigurosos, que excitan nuestra atención. De una manera subliminal, sin que aparentemente nadie parezca advertirlo, la vida diaria de las gentes del pueblo se hallaba condicionada por un anacronismo manual y rudimentario; las campanas de la torre de la Iglesia regulan nuestras vidas, y estamos atentos a sus sonidos, porque sus sonidos son el dolor o la alegría de nuestros semejantes. Lllaman, avisan y convocan a los fieles para acudir a las solemnidades religiosas, las ceremonias fúnebres..., al auxilio colectivo y desinteresado en acontecimientos inusitados que sorprenden y conmueven.

Y eso es lo que sucedió una mañana lluviosa y triste. La monótona actividad del pueblo se vio sorprendida por un arrebatado repicar de campanas, gentes corriendo, gritos angustiados, incertidumbre y sorpresa. La muchedumbre afluye apresurada hacia la Capellanía: ¡Isidoro se ha ahorcado!, gritan algunos, ¡Isidoro el Alcalde, se ha ahorcado!, apuntillan otros. Por la carretera la muchedumbre corre apresurada hacia el escenario del suceso con la curiosidad y la sorpresa reflejada en sus rostros. Todo el pueblo se ha congregado. La gente se arremolina alrededor de la acequia que separa la carretera del huerto donde se ha producido el suceso. El silencio sucede al griterío ante la macabra imagen que se divisa.

La silueta del árbol destaca sobre el fondo de la vaguada, acentuada por el reflejo del sol que va desapareciendo oscurecido por los espesos nubarrones de la tormenta que se avecina. Colgado de la rama de un frondoso árbol que sobresale por su tamaño sobre el resto de la vegetación, el cuerpo agarrotado del ya difunto edil pende de una gruesa cuerda rígido y desencajado. La profundidad del llano, el protagonismo del árbol, y el caprichoso recorte del terreno abarrotado por el gentío, acentúa la impresionante apariencia de *auto sacramental*. La presencia del juez de paz y el alguacil del Ayuntamiento, dieron un respiro a las gentes allí congregadas. No era la primera vez que sucedía en el pueblo, pero no con tanto protagonismo.

Isidoro ha sido, posiblemente, el Alcalde más popular que haya tenido Ojós. Hombre de posición, cuidado aspecto, discreto y amable. Consciente de las pocas ocasiones en las que estas gentes modestas podían disfrutar de un día de esparcimiento, cuidaba con esmero el compás de sus pasos en vísperas de todas esas fiestas entrañables y humanas que penetran en el fondo de nuestro corazón, para vivirlas con una intensidad irrepetible, como un

poro abierto, ansioso de impulsos, deseosos de olvidar por un día las preocupaciones cotidianas.

No se sabe qué pudo pasar por la cabeza de este hombre -tan vital-, para cometer semejante locura. Los rumores dieron para mucho. El cerebro es un mecanismo indescifrable, sensible a los sentimientos, enigmático e impredecible, capaz de provocar las más terribles decisiones.

La vida mínima de los pueblos está regulada por las campanas. Cada tañido marca en la gran concavidad del cielo una alegría, una tristeza, un dolor, una nostalgia, una esperanza, y voltean jubilosas y sonoras en las fiestas sobre las plazas mayores. En las patronales de San Agustín, que comparte solemnidad con la virgen de la Cabeza, las gentes del pueblo se congregan, no solo para homenajear al santo con una insistente y continuada lluvia de cohetes, tracas y adornos de pirotecnia -fruto de aportaciones modestas que la gente ha ido acumulando a través de ofrecimientos de fe-, sino para festejar la oportunidad de salir de la rutina diaria, del trabajo y el esfuerzo continuado; y hacen el dispendio de unas pesetas comprando una porción de turrón en los tenderetes que a uno y otro lado de la carretera instalan los feriantes, o tomando un vino acompañado de un plato de típicos *michirones* - con un buen chorro de limón- en el bar de Pepe y Ovidia, o un exquisito *biscocho borracho* en el horno de leña de Teodosio; porque la feria es cosa modesta, más bien festejo del alma y desahogo de la humildad.

Así, secularmente, las campanas de la iglesia llaman, avisan y convocan a los fieles para acudir a los divinos oficios de Semana Santa y sus procesiones. La idea religiosa nace en los hombres y vive inquebrantable en el lecho de la conciencia, en la corriente transitoria de la vida, en nuestras súbitas exaltaciones del espíritu; reflejo del culto a que someten nuestras creencias. Es tradición en estos días que los mozos del pueblo participen en la subasta de los *tronos* religiosos de los Santos. La cantidad de puja que supone la mayor oferta, se reparte proporcionalmente entre el número de participantes que componen el grupo de *costaleros*. No solo cuenta la más o menos modesta cantidad que supone el derecho (la recaudación es para la iglesia), sino el deber o la obligación de trasladar a hombros a la imagen que corresponda, inmenso sacrificio que soportan con voluntad y, sobre todo, con fe. Porque fe hay que tener para soportar a hombros -doloridos y, a veces, ensangrentados-, el lento recorrido por callejuelas estrechas, sinuosas y empinadas, en cuya cima se divisa el *peñón* formado por grandes peñascos que parecen sostenerse sin derrocar sobre la población gracias a un milagro del equilibrio y la naturaleza.

Durante la mañana, una vez finalizadas las celebraciones religiosas, los jóvenes del pueblo protagonizan la llamada *guerra de carretillas*. Una especie de artificio pirotécnico que, una vez encendido, corre en direcciones imprevisibles a velocidad endiablada, autopropulsado por los destellos fogosos que desparrama, produciendo, al finalizar su recorrido, una explosión. La coincidencia y diversidad de ellas en todas direcciones, produce una sensación de temor y curiosidad que forma parte de ese riesgo compartido que una gran parte de los jóvenes de entonces aceptaban como revulsivo a su adrenalina. Los jóvenes educados en la posguerra, en la época de la reflexión y de los sueños, se afanaban en buscar alicientes a la monotonía del pueblo; posiblemente tratando de impresionar a su pretendida o amada, a la que sorprendían al día siguiente –madrugada del sábado al domingo de Resurrección– con una *enramá*: espectacular y gigantesca rama de olmo (o el árbol entero) que cae sobre la ventana, bloquea la puerta de la casa y, posiblemente, una gran parte de la fachada, como muestra de su interés por ella y deseos de conquistarla. Una faena, en definitiva, que la familia en cuestión aceptaba con deportividad, dado el carácter tradicional que supone la apuesta.

Coincidiendo con estas fechas, otras gentes del pueblo quemaban su adrenalina en el juego de *las caras*. Un hombre asume la banca contra un buen número de contrarios que arriesgan su dinero. O gana a todos o pierde contra todos. En plena calle central del pueblo, formando un nutrido corrillo de jugadores y curiosos en cuyos rostros se refleja la preocupación y la incertidumbre, en el más absoluto silencio, como una ceremonia religiosa, el banquero tiene entre sus dedos un par de monedas de cobre que enseña a todos los presentes, cuidadosamente, para que observen que no tienen defecto alguno. Hace coincidir las caras por dentro y los escudos por fuera, y las dos monedas, la una pegada a la otra, son lanzadas al aire, en línea recta, con la suficiente fuerza para que la altura alcanzada les haga caer al suelo y botar mostrando la imagen que ha decidido la suerte; si cara y cruz, la jugada se repite. Si las dos cruz, cada apostante dobla su dinero. Si las dos caras, la banca gana a todos y recoge cuanto se ha apostado. La mayoría de participantes arriesgan cantidades modestas, otros multiplican su importe con gran emoción para los allí presentes, la banca asume el éxito o el fracaso en una cuantía que supone la suma de la totalidad de los apostantes. Sin inmutarse, ceremonioso, con la misma elegancia y soltura que un crupier de casino, el banquero –casi siempre coincidente en mi pariente Jerónimo–, oficia la ceremonia del juego, y la de recoger o pagar, repetidamente, sin parar, durante varias horas.

Son hechos reales de un cierto tipo de vida que conjugan el recuerdo melancólico y las tradiciones, tiernas remembranzas de cuando éramos adolescentes. Los recuerdos más puros y felices de aquellos años de la posguerra, junto a otros tristes y desgarradores, se incorporan a la pantalla de nuestro cerebro, corren de nuevo sobre nuestro corazón y vierte en el fondo de nosotros mismos un raro deleite de alegría y de tristeza, de ganas profundas de reír y vehementes deseos de llorar con amargura.

LA ESCUELA PRIMARIA Y LAS JUVENTUDES FALANGISTAS

Mis primeros años de aprendizaje escolar estuvieron influidos por la forma de educar de la escuela primaria en los años de la posguerra. Los profesores tenían autoridad suficiente para hacerse respetar y el apoyo de los padres, a mi juicio fundamental para que la rebeldía —o anarquía— a la que siempre se tiene tendencia en los años jóvenes, no produjera las distorsiones lógicas. La gente había aceptado que las reglas del juego eran las que eran, y el conformismo formaba parte de la manera de vivir y de educar impuesta por el régimen. Independientemente de que los niños, adolescentes y jóvenes, a los que nos tocó vivir aquellos años, no teníamos la mentalidad tan despierta y desarrollada como los de ahora y, por tanto, sin la agudeza, visión, conocimiento y criterio, a que los modernos medios de comunicación han colaborado de una forma definitiva y definitoria.

Don Jerónimo, profesor de mis primeros años de primaria, era un hombre con el carácter y la autoridad que los maestros de entonces llevaban implícito en su ejercicio docente. Educaba con convicción en el cumplimiento del programa impuesto y planificado por los divulgadores de la ideología del régimen, y contribuía, como no podía ser de otra manera, al *adoctrinamiento en los valores propios del conjunto de las fuerzas del bloque vencedor: fascismo trasnochado y ridículo*, como he leído al documentarme. Lo que sí sé es que aquello era el resultado de haber ganado una guerra civil, y que los vencedores imponían sus condiciones y sus normas. Lo sorprendente, por tanto, no es que estas cosas ocurran en una dictadura, lo humillante es que sea una democracia la que imponga estos mismos métodos de adoctrinamiento.

Yo creo que más que grave era ridículo. El que don Jerónimo nos obligara a cantar el himno nacional —no recuerdo qué versión, había varias— brazo en alto, frente a los retratos de Franco y José Antonio al tiempo de izar la ban-

dera, a rezar el rosario ante el crucifijo, o asistir a misa los domingos, era tan exagerado como el aprendizaje de esa caligrafía enrevesada, de estilo gótico, trazos gruesos rellenos de tinta, que utilizábamos para rotular. Cosas de la época y del momento. Tan ingenuo era que el maestro nos diera un palmetazo, o castigado contra la pared, por haber sido irrespetuoso o indisciplinado en algún momento, como incomprensible ahora que un alumno tumbé al profesor de un puñetazo por haberle incomodado con alguna reflexión no compartida.

Los chavales de entonces nos adaptábamos a lo que había. Aprendíamos el catecismo, o estudiábamos la asignatura de Historia Sagrada, porque formaba parte del programa o método aplicado, como ahora se incluye “formación para la ciudadanía” -con igual o mayor grado de manipulación y dirigismo político-. O las clases relativas al sexo que lejos de tener un sentido formativo, educacional, de prudencia y delicadeza que el tema requiere, adquieren niveles de pornografía inadmisibles, como hemos visto en videos y filmaciones realizados con ese fin, algunos, incluidos como noticia en programas de televisión.

En ese sistema educativo -que por supuesto tenía muchos inconvenientes-, yo aprendí cómo era la geografía española, sus regiones, cuántas provincias formaban parte de ellas. Sus límites. Los mares y océanos que la circundan. Los nombres de las principales capitales europeas. Los ríos de España, y algunos de sus afluentes, su recorrido: *el Ebro nace en Fontibre, cerca de Reinosa, provincia de Santander...*, por ejemplo. Sabía las *preposiciones* de carrerilla, *conjunciones copulativas*; que antes de *p* y *b* se escribe *m* (como impúdico). Que se escriben con *b* todas las palabras que empiezan por *bi* significando dos. Las tablas de multiplicar, los quebrados, las regla de tres, la raíz cuadrada. Por citar algunas. Donde debería estar la *h* en “*ahí hay un hombre que dice ¡ay!*”, como yo ahora. Ah, y los nombres de la selección española de fútbol de entonces; transcurridos 60 años -que una cosa no quita la otra- : *Carmelo, Segarra, Biosca, Campanal, Gonzalvo III, Puchades, Arteché, Venancio, Escudero, Cubala o Pasieguito, y Gainza*. En fin, dejemos a un lado lo que podría parecer una frivolidad, o una broma, pero propongo una encuesta en colegios, y algunas universidades públicas. Y no quiero decir con esto que yo fuera un estudiante excepcional: como cualquier otro compañero de pupitre, más bien mediocre, con más voluntad que inteligencia; eso sí, educado -por mis padres- en el respeto y la responsabilidad.

Si hablamos de la Falange, o del Frente de Juventudes, tan presentes y activos en aquellos años, no recuerdo que haya influido maliciosa o perjudicialmente en nada, ni me produjo apego ni adicción -no he tenido después

ningún contacto, ni he sabido nada de ese *movimiento* u organización-, solo recuerdo los beneficios que me aportaron. Dada la situación que se vivía, las posibilidades de viajar a otros lugares quedaba reducida a los pueblos limítrofes, que era más de lo mismo. Salir de la monotonía, la rutina a que condicionaba la situación económica del momento en estos parajes, era algo que ni siquiera se contemplaba, porque ya era bastante proeza conseguir el día a día y resistir hasta que vinieran tiempos más prósperos. Por eso, la invitación a participar en un campamento en Sierra Espuña (Cordillera Bética, Murcia), con cientos de jóvenes de otros pueblos o ciudades, fue para mí algo verdaderamente enriquecedor. Allí aprendí muchas cosas: a compartir experiencias; a respetar otras formas de sentir y de interpretar; a convivir con gentes de muy distinto estilo y preparación; a aportar y aceptar ideas o proyectos que eran puestos en práctica; a experimentar nuevas formas de diversión y entretenimientos; a ser todos tratados por igual, aunque diametralmente opuestos y distintos; a reconocer y ser reconocido en méritos o cualidades; a competir con deportividad; a olvidar sin rencor tras una disputa por algo no compartido...

Una de las canciones que cantábamos en camaradería, en marcha marcial y eufórica -respirando el aire limpio y sano de la sierra, o disfrutando de la belleza de sus paisajes-, entre otras estrofas: ...*Ven a mi lado, que allá en tu tierra, cien camaradas nuestros esperan, para saber por ti, como sabrán por mí, lo que tú y yo aprendamos aquí*. Efectivamente, yo aprendí, sin más añadidos, cuanto ha quedado expuesto, y así lo transmití a otros muchachos al volver al pueblo.

Otra de las veces que recuerdo fue una excursión a Mazarrón, un pueblo costero de la provincia de Murcia; mi memoria solo ha retenido lo que verdaderamente fue importante: era la primera vez que yo veía el mar, y quedé extasiado y estremecido por el espectáculo que ofrecía aquella inmensidad que se perdía en el infinito. La fantasía del sol ostentaba su magia en el fondo rosado de las nubes, reflejadas en la superficie sobre las olas enfurecidas. Qué espectáculo más fascinante e inspirador. El mar aparecía embravecido y las olas rompían contra las rocas, repetidamente, con furia, en un desafío incontrolable. El horizonte se ofrecía ante mí sugeridor y enigmático, con un fondo esmeralda que acentuaba su belleza. Fueron unos días inundados de magia, grabados en mi recuerdo como una experiencia irrepetible.

Las oportunidades ofrecidas por estas organizaciones, a los jóvenes que nos encontrábamos atrapados en estos pueblos, sin otra posibilidad, a esas edades tan tempranas, reverdecía nuestro ánimo mientras cantábamos “Montañas nevadas”, o “Cubre tu pecho de azul español”. No encuentro

otro recuerdo que mi gratitud por la oportunidad de enriquecer mi entonces incierto presente, y abrirme los ojos ante otras posibilidades de futuro.

He podido comprobar, al documentarme, con qué saña y desprecio describen algunos *autores* estos episodios de la escuela primaria, y la convivencia en las organizaciones juveniles de la Falange de aquellos años de nuestra posguerra -sin argumentos desposeídos de peso ideológico-, solo adjetivos que pretenden ser ingeniosos; pero los hechos son como son, y la imparcialidad impone descargarlos de la intencionalidad indiscutible pretendida por los que tienen el poder en ese momento: única variante posible.

Una cosa curiosa destacaba por su originalidad; la mayoría de los chavales con los que compartía juegos o tareas escolares eran llamados por su *mote* o sobrenombre, muchos de ellos heredados de sus padres, y lo curioso es que no solo respondían con normalidad, sino que lo aceptaban con cierto orgullo. Y así debía ser, una especie de título más que un desdoro, no recuerdo ninguno en mi familia, ni que me llamaran a mí con *mote* alguno. Esta anécdota puede ilustrar tan sorprendente criterio: una atractiva joven del pueblo tomó la decisión de aceptar los hábitos y recluirse como monja en un convento situado cerca de la capital. Un grupo de jóvenes deciden un día ir a visitar a la madre Ceferina; así es cómo se hacía llamar la joven tras ingresar en la Orden. Recibidos por la hermana portera, les pregunta a quién tiene que anunciar, y ellos responden con toda naturalidad: dígame que han venido a verla *Maestro huevo*, *Chuchazo*, *Pichero* y *Pichaina*. ¡Ave María Purísima! -exclama la monja horrorizada- ¡qué nombres tan enrevesados!

OTROS ASPECTOS DE LA VIDA EN AQUELLOS AÑOS

Durante mi niñez y adolescencia, posiblemente sin pretenderlo, en cualquier lugar donde casualmente yo estuviera, siempre había alguien de mi familia que pasaba por allí: un pueblo muy pequeño y una familia tan numerosa podían ser las causas, la cuestión es que siempre estaba absolutamente controlado. Esto me induce a reflexionar sobre si mi carácter aparentemente responsable y disciplinado era mérito mío, o por el contrario respondía a que siempre había una posibilidad de que mi conducta fuera analizada -ser reprendido-, convirtiéndome en un muchacho temeroso, ya que era prácticamente imposible que una actuación mía, solitaria o acompañada de otros chavales de mi edad, pasara inadvertida. Este sentimiento siempre ha tenido una gran importancia, y ha formado parte de mi carácter a lo largo de la vida. Sin duda colaboró a ello la angustiada situación sufrida en Aranjuez durante la guerra, y los trágicos episodios familiares que no dejaban tiempo de respi-